

El cuerpo abierto

Camilo Retana

El cuerpo abierto

Un ensayo sobre la construcción y deconstrucción
de los límites somáticos





©EUNA

Editorial Universidad Nacional
Heredia, Campus Omar Dengo

Costa Rica

Teléfono: (506) 2562-6754

Correo electrónico: euna@una.ac.cr

Apartado postal: 86-3000 (Heredia, Costa Rica)

La Editorial Universidad Nacional (EUNA), es miembro del
Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA).

© Camilo Retana Alvarado

El cuerpo abierto

Un ensayo sobre la construcción y deconstrucción de los límites somáticos

Primera edición 2018

Dirección editorial: Alexandra Meléndez C. amelende@una.ac.cr

Diseño de portada: Mundo Creativo, con base en la ilustración
de Emanuel Rodríguez Chaves

Imágenes: Emanuel Rodríguez Chaves

Premio Certamen UNAPalabra 2017-Ensayo

Jurado: Dorelia Barahona R.

Mauricio Molina D.

José A. Vargas V.

128.6

R437c

Retana Alvarado, Camilo

El cuerpo abierto: un ensayo sobre la construcción y
deconstrucción de los límites somáticos. -- Primera edición.

-- Heredia, Costa Rica: EUNA, 2018.

174 páginas: ilustraciones; 28 cm.

ISBN 978-9977-65-512-3

1. CUERPO HUMANO 2. FILOSOFÍA
3. ONTOLOGÍA 4. CULTURA. 5. SUJETO
6. MODERNIDAD I. Título.

De conformidad con el Artículo 16 de la Ley N.º 6683, Ley sobre Derechos de Autor y Derechos Conexos, se prohíbe la reproducción parcial o total no autorizada de esta publicación por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, con excepción de lo estipulado en los artículos N.º 70 y N.º 73 de la misma ley, en los términos que estas normas y su reglamentación delimitan (Derecho de cita y Derecho de Reproducción no autorizada con fines educativos).

Contenido

Agradecimientos	9
Introducción	13
Los cierres	21
Cerrar el cuerpo sexuado: Freud y la clausura de los orificios.....	27
La hermeticidad somática frente a la profanabilidad de los muertos	43
El cuerpo blindado: ciudad, hermetismo y rapidez.....	55
Las aperturas de la teoría	69
“Mantener abierta la herida”: los cuerpos abyectos de Kristeva	75
Entre los límites de la materia y la materia de los límites: Butler y los procesos de conformación de los cuerpos sexuados	83
“El enemigo es el organismo”: Deleuze y Guattari y la (des)organización orgánica del organismo	91
Hocquenghem y la reapertura libinal del ano	99
Los procesos de articulación artefactual: el carácter conectivo de los cuerpos en Donna Haraway.....	107
El cuerpo de Nancy: esa “hendidura que no puede volver a cerrarse”	115
Otras modalidades de lo abierto	123
Figuraciones transindividuales de la carne: el cuerpo en la cultura zombi	127
La <i>Historia del pelo</i> : aperturas corpóreas y vicisitudes políticas	139
Fragmentaciones corpóreas: intersecciones, conjunciones y ramificaciones en el trabajo plástico de Emanuel Rodríguez	151
Consideraciones finales	165
Bibliografía	169

Agradecimientos

A veces he llegado a pensar que escribir libros vale la pena, en parte, para poder agradecer a aquellos que los han hecho posibles. Por eso deseo comenzar este texto consignando la gratitud que siento hacia algunas personas y lugares queridos.

En primer lugar, agradezco a la Escuela de Filosofía de la Universidad de Costa Rica y a su Instituto de Investigaciones. Fue en el contexto de mi trabajo como docente en dicha Escuela, y como investigador en dicho Instituto, que este libro ha cobrado vida y encontrado su forma. Muchos de sus argumentos e ideas surgieron gracias a las observaciones, críticas y comentarios de mis estudiantes, especialmente durante los varios semestres que ofrecí cursos relacionados con filosofía del cuerpo. Mi trabajo en el Instituto de Investigaciones Filosóficas como parte del proyecto 743-B5-219 *De hendiduras, tajos y roturas: contribuciones para una filosofía del cuerpo abierto* me permitió, además, dedicar una parte de mi jornada laboral a la preparación del libro. También deseo agradecer al Programa de Doctorado en Estudios de la Sociedad y la Cultura (PDESC), en el cual he laborado paralelamente a lo largo del tiempo que he trabajado en este texto. En cierto modo, arribar al PDESC ha sido encontrar mi nicho “natural” en la Universidad, no solo por el tipo de temas que allí tratamos, sino también por el tipo de sensibilidad teórica y personal de la gente que allí labora y estudia. No quiero dejar de mencionar al personal administrativo de la Escuela de Filosofía y del PDESC, especialmente a Marta Céspedes y a Jacquie Velásquez, quienes,

además de brindarme su compañerismo y simpatía, muchas veces hicieron malabares para que yo pudiese dedicarme tranquilo a ofrecer lecciones y preparar los diferentes materiales para la confección de este estudio.

También quiero agradecer profundamente a mis amigos y amigas. En vista de que este texto fue escrito a partir del momento de mi regreso a Costa Rica, luego de una larga estadía en el extranjero, ellos y ellas han jugado un papel determinante, pues me han hecho sentir acogido y en casa. Me refiero sobre todo a Alexander Jiménez y Mauricio Molina, quienes siempre se empeñaron en recordarme que tenía un lugar dónde volver. Pero también va mi gratitud hacia algunos amigos más que hicieron otro tanto: Roberto Fragomeno, Roberto Herrera, Eugenia Gallardo (¡gracias otra vez por todo!), Manrique Alvarado, Paulo Calvo y Mome Salas.

Otras personas han sido muy importantes para mí porque han fungido como interlocutores directos de mis argumentos, y a veces, también, como soportes emocionales cuando la investigación se ha anudado o arribado a puntos muertos. Me refiero a amigos junto a los cuales he estudiado hace algunos años: Berenice Mora, Priscilla Alfaro, Anthony López, Pamela Batista y, sobre todo, Rebeca Woodbridge. Junto a ellos he tenido el privilegio no solo de ser interpelado y escuchado, sino de fungir, yo mismo, como crítico de trabajos ajenos. Quiero también agradecer a gente que me ha hecho observaciones tan desinteresadas como agudas en torno a puntos específicos de las argumentaciones de este texto. Me refiero, en particular, a Roxana Hidalgo, Judith Butler y Helio Gallardo. También a Emanuel Rodríguez, quien no solo ha cedido el material plástico que aquí figura, sino que ha estado dispuesto a conversar conmigo y a enseñarme sobre su trabajo.

Por último, deseo dar las gracias, una vez más, a Catalina Cartagena, que es mi compañera en la vida. Aunque ella sabe que, en su caso, esa palabra, “gracias”, será siempre insuficiente.

*Creo que si nos centramos en el cuerpo
podemos pensar sobre la interdependencia de un modo distinto.*

J. Butler

Introducción

La historia del cuerpo es, en parte, la historia de sus aperturas y sus cierres. Si el cuerpo aparece en el horizonte de los estudios filosóficos e históricos es, precisamente, en razón de que no tenemos una certeza sobre sus límites ni una forma de fijar sus fronteras de una vez por todas. Por el contrario, una vez que se somete bajo el lente de la interrogación crítica, la corporalidad se torna una “substancia” escurridiza, maleable, acaso *plástica*, por hacer uso del término de la filósofa francesa Catherine Malabou. Este libro tiene como objeto pensar el cuerpo en función de esas esquivas fronteras.

La intención, en consecuencia, no es proporcionar un límite solvente que permita discernir al fin un adentro y un afuera del cuerpo, sino, justamente, mostrar la historicidad y contingencia de todo límite corpóreo. En tal sentido, este estudio no se ocupa de dibujar los contornos del cuerpo, sino más bien de pensar el cuerpo como una superficie lábil que solo se independiza del mundo y otros cuerpos en función de unos recortes que no le son inherentes, sino que dependen de una serie de instancias y prácticas culturales que se encargan de trazarlos.

Por otra parte, la discusión a propósito de los confines del cuerpo se corresponde con la preocupación por el sujeto. A saber: las teorías del sujeto se recuestan —a veces de un modo explícito y otras veces de manera más bien tácita— sobre visiones de la corporalidad. En este sentido, toda filosofía del sujeto se articula con una cierta filosofía del cuerpo, aunque esas correspondencias no siempre se den de forma idéntica ni sean sencillas de desentrañar. Más en concreto, la

necesidad de separar los cuerpos unos de otros y singularizarlos atribuyéndoles una identidad obedece a la necesidad de organizar socialmente las capacidades, despliegues y posibilidades de solidaridad entre estos. En tal sentido, podría decirse que los sujetos aparecen allí donde se le han fijado unos límites a la materia que los constituye.

Por tal razón, rastrear los mecanismos a través de los cuales se regulan las aperturas y cierres de los cuerpos equivale a cuestionar la soberanía del individuo y la filosofía del cuerpo en la que dicha soberanía se soporta (Segarra, 2014, p. 90). Si, como lo señala Michel Foucault, la Modernidad se ha encargado de invertir la fórmula platónica para hacer del alma la prisión del cuerpo (2008, p. 39) —esto es, para hacer del alma una instancia decisiva en función de la cual se da al cuerpo una morfología y unos márgenes— una tarea que se impone hoy es la de pensar las condiciones de posibilidad de esos trazados limítrofes. En otras palabras, si los mecanismos de regulación de la vida corporal tienen en la actualidad el objetivo de producir individuos y cuerpos separados (o mejor dicho, individuos “con” cuerpos separados) creo pertinente hacer la arqueología de esa separación.

Así, este libro parte de que la creación del individuo —una creación que, si nos atenemos a Foucault, data de una fecha más bien reciente— se traslapa con una visión del cuerpo como coto. De hecho, y sin necesidad de remontarnos demasiado lejos, nuestro pasado inmediato habla ya de regímenes de vida corporal en los que primaba la conjunción de los cuerpos en lugar de su disyunción individuada. Por ejemplo, en su célebre libro sobre Rabelais, Bajtin señala que

a diferencia de los cánones modernos, el cuerpo grotesco no está separado del resto del mundo, no está aislado o acabado ni es perfecto, sino que sale fuera de sí, franquea sus propios límites. El énfasis está puesto en las partes del cuerpo en que éste se abre al mundo exterior o penetra en él a través de orificios, protuberancias, ramificaciones y excrescencias tales como la boca abierta, los órganos genitales, los senos, los falos, las barrigas y la nariz. En actos tales como el coito, el embarazo, el alumbramiento, la agonía, la comida, la bebida y la satisfacción de las necesidades naturales, el cuerpo revela su esencia como principio en crecimiento que traspasa sus propios límites. Es un cuerpo eternamente incompleto (1987, pp. 29-30).

Este cuerpo grotesco del medioevo al que hace referencia Bajtin ya ofrece, pues, noticia sobre un tipo de negociación con respecto a los límites corpóreos que difiere del nuestro. Los historiadores

franceses Jacques Le Goff y Nicolas Truong interpretan el Medioevo, en esta misma dirección, como una época en la que los imaginarios sobre la corporalidad difieren de nuestra visión cerrada de lo somático. Según Le Goff y Truong, la imaginaria popular del Carnaval y las prácticas de resistencia inherentes a este son reflejo de un cuerpo con unos linderos vacilantes. Según las tesis de estos historiadores del cuerpo, previo a la Modernidad, un cuerpo cósmico, hasta cierto punto indiviso, palpitaba al interior de una serie de manifestaciones ligadas a la cultura popular. El cuerpo como coto, como entidad cerrada, no se tornará ideario hegemónico, de atenernos a este esquema, si no es de la mano de la moderna noción de individuo, en la medida en que si lo in/dividual remite a aquello que no admite división, será necesario que a cada in/dividuo corresponda *un* cuerpo.

No obstante, lejos de tratarse de un antecedente idílico del cuerpo moderno, el cuerpo medieval ya anunciaba dos ontologías corporales enfrentadas: una del cuerpo cerrado y perfecto, cuyo énfasis “está puesto en la individualidad acabada y autónoma” (Bajtín, 1987, p. 33), y otra del cuerpo abierto e incompleto, enredado con el mundo. Según Bajtín, mientras que la idea de un cuerpo abierto aparece ligada a las voluptuosidades carnales, a la risa, a una ética de lo festivo, a la inversión de roles y a una cierta ritualidad de lo material y lo telúrico, la visión del cuerpo como sustancia cerrada se abrirá paso lentamente a lo largo del Renacimiento. Así, a la ontología del cuerpo abierto, se comienza a oponer lentamente otra versión del cuerpo según la cual este es

ante todo algo rigurosamente acabado y perfecto. Es además, algo aislado, solitario, separado de los demás cuerpos y cerrado. De allí que este canon elimine todo lo que induzca a pensar en algo no acabado, todo lo relacionado con su crecimiento o su multiplicación: se cortan los brotes y retoños, se borran las protuberancias (...) se tapan los orificios, se hace abstracción del estado perpetuamente imperfecto del cuerpo, [de modo que] el énfasis [queda puesto] en la individualidad acabada y autónoma del cuerpo en cuestión (Bajtín, 1987, p. 32).

Le Goff y Truong, por su parte, consideran que esta tensión entre dos modelos de cuerpo comienza a trazarse incluso antes del Renacimiento. Para estos autores, desde los albores del Medioevo ya conviven la “ideología anticorporal del cristianismo” (Le Goff y Truong, 2005, p. 33)—condensada en la Cuaresma—, con una visión

del cuerpo anclada en la tradición pagana y el gusto por los placeres de la carne—condensada en el Carnaval—. Más cautelosos que Bajtin, Le Goff y Truong prefieren hablar de una convivencia entre estas dos formas de entender el cuerpo medieval, pese a que coinciden con el teórico soviético en que dicha convivencia se irá decantando paulatinamente hacia una preeminencia del cuerpo individuado. En opinión de estos autores, a partir de una serie de fenómenos dispersos (demonización de la boca, estigmatización de las ingestas a las que esta faculta y progresiva civilización de los gestos, entre otros) el Medievo no esperará hasta el Renacimiento para comenzar a perfilar la visión del cuerpo cerrado que más tarde se convertirá en la dominante, sino que hará coexistir ambas corporalidades. Idéntica opinión posee la teórica catalana Marta Segarra, quien considera que visiones del cuerpo abierto y cerrado han coexistido históricamente y se han disputado la hegemonía cultural. Según ella,

se ha dicho que [la] visión [del cuerpo abierto] se ve sustituida, a partir del Renacimiento y, en especial, en la época neoclásica, el Siglo de Oro y la Ilustración, por una representación del cuerpo que lo imagina cerrado herméticamente, con límites bien distinguibles e infranqueables, lo cual coincidiría con la constitución del individuo como sujeto autosuficiente y centrado en sí mismo. Este relato histórico se ve, sin embargo, contradicho por múltiples ejemplos; la novela picaresca, las obras satíricas del Siglo de Oro, como *Gracias y desgracias del ojo del culo*, de Quevedo, la narrativa libertina y, especialmente, la del Marqués de Sade en pleno Siglo de las Luces (...), desmienten todo monolitismo en dicha versión del cuerpo (2014, p. 26).

No obstante, más que la periodización de ese corte con el cuerpo abierto (el cual, en todo caso es vacilante, según sea el eje geográfico e histórico que se considere), lo que me interesa señalar acá son las posibilidades ontológicas que esa tensión entre un imaginario del cuerpo abierto y otro del cuerpo cerrado ofrece en términos de nuestra experiencia contemporánea de lo somático. Mientras que la visión del cuerpo abierto, hasta cierto punto dominante en la cultura popular medieval, empieza a menguar, lentamente la concepción burguesa del cuerpo —coincidente, ciertamente, con el proyecto liberal de invención del individuo— empezará a convertirse en la concepción dominante. A saber: el declive del cuerpo abierto coincide con la constitución de una *res extensa* cada vez más hermética al contacto y la articulación.

Sin duda, esta reestructuración histórico-ontológica del cuerpo es tan ambiciosa y tentacular que no podría darse cuenta de ella en un ensayo con las dimensiones de este. En las páginas que siguen me limitaré, por ende, a un objetivo acaso más modesto, como lo es identificar y localizar algunos de los dispositivos que se han puesto en marcha para la instauración de una ontología del cuerpo cerrado. Pero, en vista de que los intentos de clausurar el cuerpo no alcanzan a absolutizarse, este texto también se ocupa de analizar algunas expresiones contemporáneas de lo que anteriormente he llamado ontología del cuerpo abierto. Así, este ensayo se ocupa por igual de las construcciones de los límites somáticos como de sus deconstrucciones. En este sentido, parto de que el cuerpo abierto no ha sido relegado por completo, como tampoco lo ha sido el *ethos* que dicho cuerpo entraña.

En breve, este libro versa sobre los cierres del cuerpo, pero también sobre las aperturas que no cesan de acosar su pretendida constitución unitaria. Se trata de llevar a cabo un desplazamiento que evidencie que ningún cuerpo es del todo cerrado, pero también de discutir las formas sociales en que pueden pensarse las modalidades de la apertura corporal.

El recorrido del texto

Este libro está dividido en tres capítulos o momentos. En el primero se analizan distintos dispositivos —ciertamente dispersos aunque coincidentes en sus efectos— que se han empleado en pos de postular el organismo como un ente cerrado. Dado que la historia de los cierres corporales puede trazarse desde muchos flancos y apelando a múltiples disciplinas, mi intención no es, en modo alguno, agotar esa historización, sino presentar algunas de sus vías posibles. Se trata de una búsqueda histórica a través de los entresijos de un cuerpo que solo se postula cerrado de forma más bien circunstancial, implícita y elíptica. Dicho de otro modo, el capítulo se adentra en algunas de las formas en que se ha presentado el cuerpo como una substancia de suyo hermética e independiente. El primer apartado del capítulo discute algunos textos periféricos de la obra freudiana en los que se dibuja una tensión entre cuerpo abierto y cerrado, pero en los que dicha tensión se resuelve a partir de una clausura de los orificios corporales como un modo de alcanzar la plenitud adulta. El cierre freudiano, como mostraré, se formula desde un saber que habla de

la conveniencia antropológica y psíquica de trabajar el cuerpo para individualarlo. En el segundo apartado me ocupo de la dicotomía cuerpo/cadáver y de las consecuencias que tal dicotomía entraña a la hora de postular la integridad y unidad corpóreas. Asimismo, analizo la práctica moderna de auscultar cadáveres con fines médicos, así como su fundamento epistemológico e histórico, bajo la sospecha de que dicha práctica da cuenta de un umbral: el existente entre los vivos (cuyos cuerpos deben conservarse cerrados para no profanar su intimidad) y el de los muertos (los cuales pueden ser abiertos y trabajados en su materialidad, dado que en ellos no habita ya individuo alguno). Por último, en el tercer apartado, analizo la relación entre espacio, velocidad e individuación, a partir del entendido de que la particular relación que la Modernidad establece entre cuerpo y espacialidad también está signada por la idea de que los individuos deben “ser” separados y, por ende, mantenerse atomizados.

El segundo capítulo está dedicado a analizar algunos cuestionamientos realizados a la ontología del cuerpo cerrado estudiada en el primer capítulo. Para ello, el capítulo realiza una revisión de algunas reacciones teóricas a la ontología del cuerpo cerrado. En el primer apartado, analizo las contribuciones de la teórica Julia Kristeva a esta discusión sobre los cierres corporales. Frente a una noción de cuerpo cerrado que depende de la distinción ontológica entre un afuera y un adentro del cuerpo, Kristeva plantea la noción de abyección como un modo de mostrar que el cerrar y el abrir constituyen operaciones psíquicas y materiales y que, por lo tanto, ni cierres ni aperturas se encuentran dados de una vez por todas, sino que constituyen procesos que se despliegan en el tiempo. En un segundo momento, analizo la explicación de Judith Butler acerca del modo en que se consolidan los límites a la materia sexuada. Siguiendo sus argumentos, discuto la fijeza de la materialidad de los límites, al mismo tiempo que critico el carácter igualmente movedizo de los límites de la materialidad. En tercera instancia, analizo la filosofía del cuerpo de los teóricos franceses Deleuze y Guattari y su propuesta de un cuerpo marcado por su propensión a la diferencia y la pluralidad de las formas. De forma específica, abordo su crítica de la noción de organismo y su invitación epistémico-política a “hacerse un cuerpo sin órganos”, es decir, a reinventar políticamente el cuerpo a la manera de una instancia que posibilite la apertura. En el cuarto apartado, estudio la continuación del análisis deleuziano-guattariano en el planteamiento del teórico “protoqueer” Guy Hocquenghem. En especial, me ocupo

de su llamado a acometer una reapertura libidinal del ano, como un modo de reacción al cierre edipizante de este planteado por Freud y explicado en el primer capítulo. En quinto lugar, analizo la filosofía del cuerpo abierto de Donna Haraway y su propuesta de una política de articulación artefactual que conjugue cuerpo y técnica. Asimismo, me ocupo de sus críticas a las falsas divisiones cuerpo/artefacto y cuerpo/naturaleza, pues encuentro que en dichas críticas es ostensible la capacidad orgánica de los sujetos de imbricarse con otros elementos. Por último, abordo la filosofía del cuerpo “posesencialista” del teórico francés Jean Luc Nancy, quien privilegia la particular vocación del cuerpo hacia la co-constitución con otros cuerpos. Particularmente, me centro en la radical postura nancyana según la cual el cuerpo no solo es abierto, sino que es *lo* abierto.

En el tercer capítulo, finalmente, me aboco a analizar algunas manifestaciones o expresiones contemporáneas del cuerpo abierto por fuera del ámbito de la reflexión teórico-académica. Si el capítulo anterior pone énfasis en las reflexiones filosóficas a propósito del cuerpo abierto, en este tercer capítulo el objetivo es más bien analizar propuestas estético-culturales que ponen en escena dicho tipo de cuerpo, o bien, que lo postulan desde fuera de la teoría (aun cuando ello no significa que carezcan de contenidos teóricos). En el primer apartado, analizo lo que considero una de las representaciones paradigmáticas del cuerpo abierto en la cultura de masas. Me refiero a la figura del zombi o del muerto viviente. A partir de la revisión de algunas de las versiones de este monstruo contemporáneo, discuto el imaginario de lo corpóreo que se estructura alrededor de esta figura. En el segundo apartado, me ocupo de analizar un texto acaso menos conocido pero igualmente rico en cuanto al tipo de corporalidad que dibuja. Me refiero a la novela *Historia del pelo*, del escritor argentino Alan Pauls. A partir del ejercicio de lectura que ensayo de la novela de Pauls, propongo un examen de la relación entre cuerpo abierto e historia, para mostrar la manera en que lo corpóreo se inscribe en tejidos de sentido político que lo gestionan. Por último, en el apartado final del libro, analizo algunas obras plásticas del joven artista costarricense Emanuel Rodríguez, en las que el cuerpo aparece, una vez más, inscrito en redes materiales y de sentido que lo exceden y que hacen vacilar sus lindes.

En suma, las páginas que siguen ensayan una visión del cuerpo que pretende cuestionar un imaginario sedimentado sobre lo corporal, uno que afirma la irreductible singularidad de cada cuerpo

en detrimento de la posibilidad de pensar la vida corporal como un campo de posibilidades combinatorias, diálogos e intersecciones. En una palabra, se trata de volver a trazar el cuerpo como un espacio susceptible de aperturas y, por ende, rico en posibilidades plásticas y ético-políticas.